

¡Y el alma! ¡el corazón! ¡la fantasía!
¡Oh! la aurora más pura y más serena
De abril florido en la estación amena
Fuera junto á su luz noche sombría.

Nosotros ¡ah! los que al nacer lloramos,
Que paso á paso á la razón seguimos,
Que una impresión tras otra recibimos,
Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,
Luego á la juventud: ¡ah! no alcanzamos
A imaginar la dicha y la limpieza
Del alma en su pureza.

¿Quién no lleva escondido
Un rayo de dolor dentro del pecho?
¿Por cuál dichoso rostro no han corrido
Lágrimas de amargura y de despecho?
¿Quién no lleva en su alma
¡Ah! por muy joven y feliz que sea,
Un penoso recuerdo, alguna idea,
Que nublando su luz turba su calma!

Tal nuestro padre Adán..... Pero dejando
Comparaciones frías
Que el alma atormentando
Nos traen recuerdos de mejores días,
Y de aquella fatal, negra mañana
De la flaqueza ó robustez de Eva,
Cuando alargó la mano á la manzana
Y..... Pero, pluma, queda...
¿A qué vuelvo otra vez al Paraíso
Cuando la suerte quiso
Que no fuera yo Adán, sinó Espronceda?
Ni el primer hombre, ni el varón segundo,
Sinó Dios sabe el cuántos, que no tengo
Número conocido, y me entretengo
En este mundo tan alegre y vario
Como en jaula de alambres el canario
Divertido en cantar mi *Diablo Mundo*,

Grandilocuo poema y elocuente,
En vez de hablar allí con la serpiente...
Reptil sin instrucción, poco profundo,
Poco *espiritual*, y al cabo un ente
De fé traidora y de melosa lengua,
El cual tal vez me hubiera pervertido,
Y como á Eva para eterna mengua
Deshonrado además y seducido:
Y al fin allí no había
Cátedras ni colegios todavía.

Y dejando también mis digresiones,
Más largas cada vez, más enojosas,
Que para mí son tachas y borrones
De las mejores obras, fastidiosas
Haciéndolas, llevando al pacienczudo
Lector confuso siempre, aunque es defecto
De escritor concienzudo
Que perdona el efecto,
Con la intención de mejorar conciencias
Con sus disertaciones y advertencias.

El hombre en fin se levantó del lecho
Mancebo ardiente y vigoroso hecho,
Fuera de sí de esfuerzo y de alegría,
Rebosándole el gozo
Al rostro y en el alma el alborozo
Al impulso secreto que sentía.

Era en el mes de abril una mañana;
Con un rayo de sol dorado el viento
Alegraba el cristal de su ventana,
Y medidas en blando movimiento
De varios tiestos las pintadas flores,
Sus corolas seguían
Y al trasparente céfiro esparcían
Juveniles aromas y colores.

Desplegaba ligera
Entre las flores y el cristal sus alas,

Ninfa de la galana primavera,
De su color vestida y ricas galas,
En círculos volando bulliciosa
Alegre mariposa,
Sus alas dando al sol rico tesoro
De nieve y de zafir con polvos de oro.
Y la aromosa flor que se mecía,
Y el aliento del aura enamorada,
Y la brillante luz que se bullía,
Y el inquieto volar de la encantada
Mariposa feliz girando en torno,
Imágenes doradas de la vida
Eran y rico adorno
Que á la ilusión del porvenir convida.
Flores, luces, aromas y colores,
Que sueña el alma enamorada cuando
Guardan su sueño á su alrededor cantando
La virtud, la esperanza y los amores.

Y un alegre rumor que el vago viento
En confundido acento
De la calle elevaba,
Bullicio de la gente que pasaba,
Cada cual acudiendo á sus quehaceres,
Acá y allá esparcidos,
Su afán mezclando y diferentes ruidos
Al confuso rumor de los talleres:
Escalando á la estancia del mancebo
Con estrépito alegre y armonía,
A su encantado pensamiento nuevo
Regocijo añadía.

¡Oh mundo encubridor, mundo embustero!
¡Quién en la calle de Alcalá creyera
Tanta felicidad que se escondiera
Y en un piso tercero!
Mas todo son jardines de hermosura,
Si con su variá tinta

El alma en su ventura
Y mágica ilusión el cuadro pinta:
Y el más bello pensil trueca y convierte
Del alma la amargura
En páramo erial de luto y muerte!

—
¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Ha cantado un poeta amigo mío,
Mas es fuerza mirarlo así de lleno,
El cielo, el campo, el mar, la gente, el río,
Sin entrarse jamás en pormenores
Ni detenerse á examinar despacio,
Que espinas llevan las lozanas flores,
Y el más blanco y diáfano topacio
Y la perla más fina
Manchas descubrirá si se examina.

Pero ¿qué hemos de hacer, no examinar?
¡Y el mundo que ande como quiera andar?
Pasar por todo y darlo de barato
Fuera vivir cual sandio mentecato;
Elegir la virtud en un buen medio
Es un continuo tedio;
Lanzarse á descubrir y alzarse al cielo
Cuando apenas alcanza nuestro vuelo
A elevarnos un palmo de la tierra,
Miserables enanos,
Y con voces hacer mezquina guerra
Y levantar las impotentes manos,
Es ridiculo asaz y hartó indiscreto:
Vamos andando pues y haciendo ruido,
Llevando por el mundo el esqueleto
De carne y nervios y de piel vestido.
¡Y el alma que no sé yo dó se esconde!
Vamos andando sin saber adónde.

Vagaba en tanto por la estancia en cueros
Sin respeto al pudor como un salvaje,
O como andaba allá por los oteros
Floridos del Edén, ó por los llanos,
Sin arcabuz ni paje
El padre universal de los humanos.
Que sin duda andaría
Sólo y sin su mujer el primer día;
O como van aún en las aldeas,
Sucias las caras feas
Y el cuerpo del color de la morcilla,
Los chicos de la Mancha y de Castilla,
Nuestro héroe gritando,
Gestos haciendo y cabriolas dando,
Hasta que al fin al ruido
Entró allí su patrón medio dormido.
Frisaba ya el patrón en sus cincuenta,
Hombre grave y sesudo,
Tenido entre sus gentes por agudo,
Con lonja de algodones por su cuenta:
Elector, del sensato movimiento
Partidario en política, y nombrado
Regidor del heróico ayuntamiento
Por fama de hombre honrado,
Y odiar en sus doctrinas reformistas
No ménos al partido moderado
Que á los cuatro anarquistas,
Aunque estos le incomodan mucho más:
Por no verlos se diera á Barrabás,
Y tiene persuadida á su mujer
Que es gente que no tiene qué perder.

Leyendo está las Ruínas de Palmira
Detrás del mostrador á aquellas horas
Que cuenta libres, y á educarse aspira
En la buena moral,

Y á la patria á ser útil en su oficio,
Habiendo ya elegido en su buen juicio,
En cuanto la religión la natural:
Y mirando con lástima á su abuelo
Que fué al fin un esclavo,
Y el mezquino desvelo
De los pasados hombres y porfías,
Rinde gracias á Dios, que el mundo al cabo
Ha logrado alcanzar mejores días.
Así filosofando y discurriendo,
Sus cuentas componiendo,
Cuidando de la villa y su limpieza,
Sólo tal vez alguna ligereza
Turba su paz doméstica, que ha dado
En darle celos su mujer furiosa,
Y aunque sobremanera
Los celos sin razón ella exagera,
Suenan en el barrio como cierta cosa,
Que aunque viejo, es de fuego,
Corriente en una broma y mujeriego.

En la estancia al estruendo y algazara
Entra el discreto concejal gruñendo
Y con muy mala cara
De las bromas del huésped maldiciendo;
Bromas de un hombre de su edad ajenas,
Con un pié en el sepulcro dando voces,
Haciendo el niño y disparando coces...
Mas lo que puede el regidor apenas
(Don Liborio) llegar á comprender,
Es cómo á tanto escándalo se atreve
Un hombre que le debe
Cuatro meses lo ménos de alquiler.
«¿Es posible, al entrar, dijo don Pablo,
(Sin reparar siquiera
Que su huésped el mismo ya no era)

Que os tiene así tan de mañana el diablo?
¡Vive Dios, que os encuentro divertido!...
Parece bien que un viejo que ya tiene
Más años que un palmar, hecho un orate
Arme él sólo más ruido
Que cien chiquillos juntos... ¡Botarate!
Más valiera que tantas alegrías
Fueran pagar contado
Mis cuatro meses y diez y ocho días!»

Tal con rostro indigesto
Dijo, y en ademán de hombre enojado
Con desdén la cabeza torció á un lado
Y empujó el labio con severo gesto.
Con una interjección y un fiero brinco
Digno de Auriol el saltarin payaso,
Al grave regidor le salta al paso,
Colgándose á su cuello con ahinco
Y amorosa locura,
Su improvisado huésped que se afana
(Tal simpatiza la familia humana)
Por conocer aquel confuso ente
De tan rara figura
Que aparece á sus ojos de repente:
Y ambas manos le planta
En los carrillos y su faz levanta
Por verle bien, y en la nariz le arroja
Tan súbita y ruidosa carcajada,
Fijando en él su vívida mirada,
Que al pequeñuelo regidor enoja.

—
¡Cómo! ¡a mí! ¡voto á tal! gritó en su ira
Furioso el pobre concejal en tanto,
Viendo aquel tagarote con espanto
Que con salvaje júbilo le mira,
Que le acaricia rudo,
Hércules sin pudor, Sansón desnudo,

Con atención tan rara y tan prolija
Que al contemplar sus gestos y oír su voz
Cada vez más se alegra y regocija
Con delirio feroz.
Crujiéndole de cólera los huesos
En su impotencia don Liborio en vano
A remediar se esfuerza los excesos
De aquel bárbaro audaz y casquivano:
Confuso y sin saber quién le ha traído,
Ni por dónde ha venido,
Ni cómo por qué arte prodigioso
Su pacífico viejo en tan furioso
Huésped se ha convertido.

Su alegre huésped que le palpa y ríe
Como á juguete vil contempla el niño,
Que en su brutal cariño
Ni un punto le permite se desvíe;
Que imperturbable, en tanto que murmulla
El patrón amenazas y razones,
Súplicas, maldiciones,
Gritos inortográficos le aúlla.

¡Qué hombre formal se vió
En situación jamás tan apurada!
Su grave dignidad comprometida,
Y aquí la autoridad desconocida
Yace además y ajada
Con que la sociedad le revistió!
Ya le levanta en alto y examina,
Y al verle mal formado y tan pequeño
Le contempla risueño
Entre cariño y burla con ternura,
Y que un poder providencial lo envía
(¡Oh presunción del hombre!) se figura
A servirle y hacerle compañía.

—
En fin los gritos fueron

Tales y tantas del patrón las voces,
Que todos los vecinos acudieron
Al estruendo y estrépitos feroces.
Acudió como era
De su deber al punto la primera,
Su mujer con vestido de mañana
Y tres moños no más en la marmota,
Dos de color de rosa, otro de grana,
Que aunque el afán de ver quién alborota
La hizo subir con el vestido abierto,
La negra espalda al aire y sin concierto,
La marmota y los lazos con descuido
Por el bien parecer se los ha puesto,
Que un traje limpio y un semblante honesto
Decoro en la mujer dan al marido.
Acudió á la par de ella
Un pintor joven cuya mala estrella
Trajo á Madrid con más saber que Apeles,
Mas no llegó á pintar porque el dinero
A su llegada le ganó un fullero
Y no compró ni lienzo ni pinceles;
Y en la buhardilla vive,
Lejos del ruido y pompas de este mundo.
Junto á Dios nada ménos, que el profundo
Genio de Dios la inspiración recibe;
Mas tanto genio por causa tan fútil
Estéril es, la inspiración inútil.
¡Y, oh prosa! ¡oh mundo vill no inspiraciones
Pide el pintor á Dios sinó doblones.
Un cachazudo médico vecino
Del cuarto principal, materialista,
Sin turbarse subió, y entre otros vino
Un romántico joven periodista,
Que en escribir se ocupa folletines,
De alma gastada y botas de charol,
Que ora canta á los muertos paladines,

Ora escribe noticias del Mogol,
Cada línea á real, y anda buscando
Mundo adelante nuevas sensaciones,
Las ilusiones que perdió llorando,
Lanzando á las mujeres maldiciones.

En tanto le ha quitado su gorreta
Griega al patrón el héroe, y decidido
Sobre su noble frente la encasqueta
Ancho de vanidad, de gozo henchido:
Y en cueros con su gorro se pasea
Por el cuarto, y gentil se pavonea,
Que es natural al más crudo varón
Ser algo retrechero y coquetón,
Echándole al patrón con desparpajo,
Miradas que le miden de alto á bajo,
Sin hacer caso de sus voces fieras
Creyéndole en su estado natural,
Ni atender al estrépito infernal
De los que suben ya las escaleras.

Se abrió de golpe la entornada puerta
Y de tropel entraron los vecinos,
Y hallaron al patrón que á hablar no acierta
Y al Hércules haciendo desatinos:
Su esposa la primera, medio muerta
De espanto y de dolor, gritó: ¡asesinos!
Porque tiene el amor ojos de aumento
Y quita la pasión conocimiento.

Fué del patrón cuando llegó socorro
Echarla lo primero de valiente,
Y recobrar su dignidad y el gorro,
Tomando un ademán correspondiente:
Y así mirando indiferente el corro,
Que es máxima que tiene muy presente
La de *nihil admirari*, y la halló un día
En un tratado de filosofía,
Tendió la mano al loco señalando,

Y al mismo punto su inocente esposa,
La misma infausta dirección, temblando
Con los ojos siguió toda azarosa!
¡Oh terrible *visu!* ¡cuadro infando!
¡Oh! la casta matrona ruborosa
Vió... ¿mas qué vió, que de matices rojos,
Cubrió el marfil y se tapó los ojos?

Musas, decid que vió... La Biblia cuenta
Que hizo á su imagen el Señor al hombre,
Y á Adán desnudo á su mujer presenta
Sin que ella se sonroje ni se asombre:
Después se le ha llamado y á mi cuenta,
Mientras peritos prácticos no nombre
La familia animal, está dudoso,
Entre todos al hombre el más hermoso.

Y muy cara se vende una pintura
De una mujer ó un hombre en siendo buena,
Y estimamos desnudo en la escultura
Un atleta en su rústica faena:
Mas eso no: la natural figura
Es menester cubrirla y darla ajena
Forma, bajo un sombrero de castor,
Con guantes, fraque y botas por pudor.

No que me queje yo de andar vestido
Y ahora mucho ménos en invierno,
Y que el pudor se dé por ofendido
De ver desnudo un hombre lo discierno:
Y mucho más si el hombre no es marido,
Ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,
Que entonces la mujer no tiene culpa
Y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí que aquella dama
Mujer del concejal.... ¡oh! sin lisonja,
¿Cómo diré la edad que le reclama
El tiempo que hace ya vive en la lonja,
Yo que me precio de galán? la fama,

Viéndola hacer escrúpulos de monja,
A los presentes reveló la cuenta
Y hubo vecino que la echó cincuenta.

¡Tanto pudor á los cincuenta años!
¡Oh incansable virtud de la matronal!
Después de tanto ataque y desengaños,
En este mundo pícaro que abona
El vicio con sus crimenes y amaños,
El tiempo que peñascos desmorona
No pudo su virtud jamás vencer:
¡Oh feliz don Liborio! ¡Oh gran mujer!

¿Y habrá de irse sin mirar siquiera
A un mónstruo, á un loco? ¿y dejará en el riesgo
A su Liborio con aquella fiera
En trance que ha tomado tan mal sesgo?
No lo permita Dios: Liborio muera
Y ella también con él.—Y aquí yo arriesgo
Por seguir en octavas este canto
Débilmente contar *dévouement* tanto!

Ella, la pobre, á su pesar forzada
A ver un hombre en cueros que no es
Su esposo, con rubor una mirada
Le echó de la cabeza hasta los piés;
Y aunque fuerte, y honesta, y recatada,
Un pensamiento la ocurrió después;
Que la mujer al cabo ménos lista
Tiene en su corazón algo de artista.

Y al contemplar las formas majestuosas,
La robustez del loco y carnes blancas,
Recordó suspirando las garrosas
Del pobre regidor groseras zancas.
Son las comparaciones siempre odiosas,
Siempre, y en el archivo de Simancas,
Si no me engaño, pienso haber leído
Que en el símil perdió siempre el marido.
¡Oh cuán dañosas son las bellas artes!

¡Y aún más dañosa la afición á ellas!
A sus maridos estudiar por partes
¡Cuántas extravió mujeres bellas!
No pensó más moléculas Descartes,
Ni en más rayos se parten las estrellas,
Que en partes ¡ay! una mujer destriza
A su esposo infeliz y lo analiza.

Y á par que en él aplica el analítico,
Al ajeno varón le echa el sintético,
Y al más fuerte marido encuentra estático,
Y al más débil galán encuentra atlético:
Juzga al primero un corazón raquitico,
Halla en el otro un corazón poético,
La palabra de aquel ruda y narcótica
Y la del otro tímida y erótica.

Y á mí este juicio me parece exacto,
Y parézcales mal á los maridos,
Que ellos han hecho con el mundo un pacto
Y sus derechos son reconocidos;
Y si tienen mujer, justo *ipso facto*
Es que su condición lleven sufridos,
Que habla con su mujer el que se casa
Y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente
De la honrada mujer del concejal,
Fué sin pasión juzgado estrictamente
Cuando más un pecado venial:
La honrada dueña que no sea siente
(Y esté es un sentimiento natural)
Tan membrudo, tan noble y vigoroso
Como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa además siente también
Que no se ha de saber por mí tampoco,
Ya que ella la reserva y hace bien,
Que al cabo el hombre aquel no es más que un loco:
Hay quien dice además que con desdén

Vió desde entonces y le tiene en poco
(Tal impresión en ella el huésped hizo)
A un mozo de la tienda asaz rollizo.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
Mas la verdad (si la verdad se puede
En materia decir tan espinosa)
Es (y perdón la pido si se excede
Mi pluma en lo demás tan respetuosa)
(Y esto ¡oh lector! entre nosotros quede),
Mas no lo he de decir, que es un secreto
Y siempre me he preciado de discreto.

¿Quién es el hombre aquél? ¿quién le ha traído?
¿Adónde el viejo está que allí vivía?
¿Cómo y de dónde en cueros ha venido?
La noche antes don Liborio habla
Visto en su cuarto al viejo recogido,
Su cuenta preparada le tenía,
Y cuando el ruido á averiguar hoy entra
Desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos entre tanto,
Que por tal al momento le tuvieron,
Y tal belleza y desenfado tanto
Confiesan entre si que nunca vieron:
Viéranlo con deleite si el espanto
Que al encontrarlo súbito sintieron
Les dejara admirarle, pero el susto
Hasta á la dueña le acibara el gusto.

Él los mira también entre gustoso
Y extrañado con plácido semblante,
Con benévola risa cariñoso
Señalando al patrón que está delante,
Y festejar queriéndole amoroso
Fija la vista en él, y al mismo instante
La mano alarga y el patrón la evita,
Se echa hácia atrás amedrentado y grita.
Y su desvío y desdeñoso acento

Sin comprender tal vez y ya impaciente
El nuevo mozo, entre jovial y atento,
De un salto avanza á la agolpada gente;
En pronta retirada un movimiento
Todos hicieron, y hasta el más valiente,
El audaz regidor lo ménos cinco
Escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura
Fuera trabar tan desigual combate
Con un loco de atlética figura
Capaz de cometer un disparate:
Gritando ¡*jatarlo!* bajan con presura;
Gran medida, mas falta quien le ate;
Veloz el loco y más veloz que un gamo
Prepárase á saltar de un brinco un tramo.

¡Oh confusión! que al verle de repente,
Rápido desprenderse de lo alto,
Cada cual baja atropelladamente,
Con gritos de terror, de aliento falto:
Rueda en montón la acobardada gente,
Y el regidor, queriendo dar un salto,
Entre los piés del médico se enreda,
Se ase á su esposa, y con su esposa rueda.

Y el médico también rueda detrás,
A un tobillo cogido del patrón;
Entrégase el pintor á Barrabás,
Que en un callo le han dado un pisotón;
Armase un estridor de Satanás,
El poeta ha perdido una ilusión,
Que ha visto de la dama no sé qué
Y á más acaba de torcerse un pié.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,
Y llénase el portal, crece el tumulto,
Su juicio cada cual por cierto cuenta,
Y se pregunta, y se responde á bulto:
Dicen que es un ladrón; hay quien sustenta

Que al pueblo de Madrid se hace un insulto,
Prendiendo á un regidor, y que él resiste
A la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola
Al sitio en que se alzaba Mariblanca,
Y la nueva fatal de que tremola
Ya su pendón, y que asomó una zanca
El espantoso mónstruo que atortola
Al más audaz ministro, y lo abarranca,
El *Bú* de los gobiernos, la anarquía,
Llegó aterrado á la secretaria.

Ordenes dan que apresten los cañones,
Salgan patrullas, dóblense los puestos,
No se permitan públicas reuniones,
Pesquisas ejecútense y arrestos;
Quedan prohibidas tales expresiones,
Obsérvense los trajes y los gestos
De los enmascarados anarquistas
Y de sus nombres que se formen listas.

Que luego á són de guerra se publique
La ley marcial, y á todo ciudadano,
Cuyo carácter no le justifique,
Luego por criminal que le echen mano;
Que á vigilar la autoridad se aplique
La mansión del congreso soberano,
Y bajo pena y pérdida de empleos,
Sobre todo, la casa de Correos.

Pásense á las provincias circulares,
Y en la Gaceta en lastimoso tono
Imprimanse discursos á millares
Contra los clubs y su rabioso encono;
Píntense derribados los altares,
Rota la sociedad, minado el trono,
Y á los cuatro malévolos de horrendas
Miras, mandando y destruyendo haciendas.

¡Oh cuadro horrible! ¡pavoroso cuadro!

Pintado tantas veces y á porfia
Al sonar el horrisono baladro
Del mónstruo que han llamado la anarquía.
Aquí tu elogio para siempre encuadro,
Que á ser llegaste el pan de cada día,
Cartilla eterna, universal registro
Que aprende al gobernar todo ministro.
¡Oh cuánto susto y miedos diferentes,
Cuánto de afán durante algunos años
Con vuestras peroratas elocuentes
Habeis causado á propios y aún á extraños!
Mal anda el mundo, pero ya las gentes
Han llegado á palpar los desengaños,
Y aunque cien tronos caigan en ruina
No ménos bien la sociedad camina.
¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
Turba de viejas que ha mandado y manda!
Ruínas soñar os hace y precipicios
Vuestra codicia vil que así os demanda.
¿Pensáis tal vez que los robustos quicios
Del mundo saltarán si aprisa anda,
Porque son torpes vuestros pasos viles,
Tropel asustadizo de reptiles?
¿Qué vasto plan? ¿Qué noble pensamiento
Vuestra mente raquítica ha engendrado?
¿Qué altivo y generoso sentimiento
En ese corazón respuesta ha hallado?
¿Cuál de esperanza vigoroso acento
Vuestra podrida boca ha pronunciado?
¿Qué noble porvenir promete al mundo
Vuestro sistema de gobierno inmundado?
Pasad, pasad como funesta plaga,
Gusanos que roeis nuestra semilla,
Vuestra letal respiración apaga
La luz del entusiasmo, apenas brilla:
Pasad, huid, que vuestro tacto estraga

Cuanto toca y corrompe y lo mancilla;
Sólo nos podeis dar, canalla odiosa,
Miseria y hambre y mezquindad y prosa.
Basta, silencio, hipócritas parleros,
Turba de charlatanes eruditos,
Tan cortos en hazañas y rastros
Como en palabras vanas infinitos;
Ministros de escribientes y porteros,
De la nación eternos parasitos:
Basta, que el corazón airado salta,
La lengua calla y la paciencia falta.
Mientras al arma el ministerio toca
Y se junta la tropa en los cuarteles,
Y ve la gente con abierta boca
Edecanes á escape en sus corceles
Cruzar las calles, y al motín provoca
El gobierno con bandos y carteles,
Y andan por la ciudad jefes diversos
Cuyos nombres no caben en mis versos,
Como el jefe político y sus rondas,
Capitán general, gobernador,
Los que por mucho ¡oh mónstruo! que te escondas
Darán contigo en tu mansión de horror;
Como del mar las agolpadas ondas,
Al impetu del viento bramador,
La calle entera de Alcalá ocupando
Se va la gente en multitud juntando.
Y ya el discorde estrépito aumentaba
Y la mentira y el afán crecía
Y la gente á la gente se empujaba,
Codeaba, pisaba y resistía:
El semblante y los ojos empinaba
Cada cual para ver si algo veía,
Y en larga hilera están ya detenidos
Gentes, carros y coches confundidos.
Como bosque de palmas que al violento

Impetu dobla la gallarda copa,
Cuando apiñado lo recoge el viento
Y con su manto anchísimo lo arropa,
Así ondula con sordo movimiento
En la ancha calle la agolpada tropa,
Y la apiñada muchedumbre ruge
Al vaivén rudo de su propio empuje.

Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,
La agitación del popular tumulto,
Y un pánico terror entre el gentío
Con asombro común resbala oculto:
Y en tan revuelto y congojoso lío,
Con ronca voz y con violento insulto,
Contrarios intereses y pasiones
Se abren plaza á codazos y empujones.

Y como negra nube en el verano,
Desátase en violento torbellino,
Y piedras llueve, y el dorado grano
Arroja al viento en rauda remolino:
Súbito rompe el populacho insano,
Se esparce y atropéllase sin tino,
Y huyen acá y allá, y allá y acá
Corre la gente sin saber dó vá.

Ya habrá el lector, si como yo del ruido
Y bulla popular y movimiento
Alguna vez aficionado ha sido,
Y con juicio observó y detenimiento,
Visto alguno tal vez tan aturdido
De la fuga en el crítico momento,
Que dos horas después si lo ha encontrado
Del impetu primero aun no ha aflojado.

Y en bandadas derrámase y se extiende
La antes amontonada muchedumbre,
Como gorriones que el gañán sorprende
Vuelan del llano á la lejana cumbre:
Nadie á la voz del compañero atiende,

Nadie acude á la ajena pesadumbre,
Nadie presta favor y todos gritan
Y en confuso tropel se precipitan.

Y allí la voz aguardentosa truena,
Grita asustada la afligida dama,
Ladran los perros y las calles llena
La gente que en tumulto se derrama:
Suspende el artesano su faena,
Cuidoso el mercader sus gentes llama,
Puertas y tiendas ciérranse añadiendo
Nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura
Cada cual su comercio y mercancía,
Y como alguno entre el tropel procura
Mostrar serenidad y valentía,
Y en torno de él la multitud conjura,
A reunirse con calma, y sangre fría
Aconseja, mirando al rededor
Con ojos que desmienten su valor.

Y otros audaces de intención dañina,
Gózanse en el tumulto y de repente
Donde la gente más se arremolina
Prontos acuden á aturdir la gente:
Y huyen por aumentar la tremolina
Y confusión, y contra el más paciente
Espectador pacífico se estrellan,
Y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan,
Perora aquel y el otro hazañas cuenta,
Páranse en corro y furibundos votan,
Y un solo grito acaso el corro ahuyenta;
Y aquellos de placer las palmas frotan,
Y este el sombrero estropeado tienta,
Párase y el aliento ahogado exhala,
Y el tambor va tocando generala.

Y algunos nacionales van saliendo

El ánimo á la muerte apercebido,
El motin y su suerte maldiciendo
Con torvo ceño y gesto desabrido;
Y con voz militar, *Años*, diciendo
A su aterrada cónyuge el marido,
Al són del parche y á la voz de alarma
Carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones
Y órdenes mil el ministerio expide,
Envuelta en mil diversas confusiones
La autoridad en fin nada decide:
Y hay quien demanda á gritos los cañones,
Y quien las cargas de lanceros pide,
Y tal vez otro cavilando calla
Si escogerá la lanza ó la metralla.

Y en tanto en Madrid, cual se derraman
Por las faldas del rojo Mongibelo
De lava mil torrentes, que recaman
Con igneas cintas el tremante suelo,
Turbas de gente alborotadas braman
Y se derraman con insano anhelo,
En turbiones las calles inundando
Los unos á los otros espantando:

Súbite con asombro ve la gente
Que aun al portal del regidor espera,
Salir desnudo á un hombre de repente
Con veloz violentísima carrera;
Y otro tras él con cólera impotente,
Chico y gordo y vestido á la ligera,
Afligido, empolvado y sin aliento,
Todos los pelos de la calva al viento;

Y á una mujer también desaliñada,
Y seis ó siete más llenos de espanto,
Todos tras él gritando con turbada
Voz, *que tengan al loco*, y entre tanto
Por la calle la faz alborozada,

El loco va con regocijo tanto,
Que causa gusto el verle tan esbelto
Andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente, viendo la figura
Desnuda de aquel hombre que corría
Rápido como el viento y la premura
De la turba que ansiosa le seguía,
Y las voces oyendo y la locura
Temiendo del que loco parecía,
Sin otra reflexión viento tomaron,
Y hasta tomar distancia no pararon.

Mas luego que la calma sobrevino
Y los más animosos acudieron,
Y que era huir un necio desatino
Los ménos advertidos conocieron,
Y á todos de saber el caso vino
Curiosidad, hacia el patrón corrieron,
Que eran el nuevo joven y el patrón
De tanto laberinto la ocasión.

Y en corro el caso del patrón indagan,
Y discuten tal vez puntos sutiles,
Y los magines desvariando vagan
Perdidos de la historia en los perfiles;
Y oyen discursos sin que satisfagan
Los discursos las mentes varoniles
Que ansian profundizar, y nadie entiende
El caso que el patrón contar pretende.

«Es pues el caso, el regidor decía,
Que este viejo es un loco huésped mío,
Trocado en joven de la noche al día.
—Mirad que estais diciendo un desvarío.
—Yo cuento la verdad.—¡Necia porfía!
Está loco.—Señores, no me río.

Yo no discurro nunca á troche y moche,
Era un viejo á las doce de la noche.

—Vamos, el regidor perdió un sentido.

—Si eso no puedeser.—¡No hay quién me asista!
Gritaba la mujer, es un perdido,
Un servil, un ladrón, un anarquista:
Ha querido matar á mi marido.

—Y á vos os viola si no andais tan lista,
La repuso un chuzón cara de pillo
Que alegraba con chistes el corrillo.

Yo dije que era viejo, ahora no digo
Que no sea joven.—Id y el diablo os lleve.

—Y ahora se me va...—Sois un bodigo.

—Con más de cuatro meses que me debe.

—Vos os contradecis.—Me contradigo

Y no me contradigo.—Que lo pruebe,

Gritaba el chusco de la faz burlona;

Idos, buen hombre, á reposar la mona.»

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,

Párase, corre, alborozado grita,

Mira alegre en redor, nada recela,

Cuanto le cerca su entusiasmo excita:

Palpar, gritar, exanimar anhela

Cuanto mira y en torno de él se agita,

Como al amor del maternal cariño

Mira la luz embelesado el niño.

Pobre inocente, alma que entretiene

El mundo, y le divierte cual gracioso

Juguete, y á mirarle se detiene

Con pueril regocijo candoroso!

La luz, las gentes en conjunto viene

Todo á herirla, cual juego luminoso

De prodigioso mágico que alzara

Ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad, y el sol, y sus colores,

La gente, y el tumulto, y los sonidos

En grata confusión de resplandores

Y de armonías llega á sus sentidos,

Cual las que esmaltan diferentes flores,

Los verdes prados por abril floridos
Confunden con sonoro movimiento
Ruido y colores, si las mece el viento.

Y les presta su alma su hermosura,

Y el corazón su amor y lozanía,

Su mente les regala su frescura,

Y su rico color su fantasía:

Les da su novedad luz y tersura,

Regocijo les presta su alegría,

Que el alma gozo al contemplarse siente

Del mundo en el espejo trasparante.

Y en el continuo cambio y movimiento,

Y algazara, y bullicio alegre y vario,

Movido por recóndito portento

Ve el mundo cual magnífico escenario:

Lámpara el sol meciéndose en el viento,

Y obras de arteficio estatuario

Las figuras que en rápido tumulto

Cruzan, y anima algún resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho,

Que en sí propia su alma se alimenta,

Latir sintiendo alborozado el pecho,

Nada se explica, ni explicarse intenta:

Corre al placer de su ilusión derecho,

De su mismo placer sin darse cuenta,

Que del placer que se gozó sin tasa,

Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre inocente, alma que no sabe

Que sólo al niño su inocencia abona,

Y que en el mundo compasión no cabe

Que en la inocencia mofador se encona.

Alma llena de fé, cándida ave

Que dulces trinos en el bosque entona:

Que sencilla de rama en rama vuela,

Sin que su gracia al cazador conduela.

Alma que en la aflicción y la agonía

Del alboroto popular y estruendo,
Grata danza del amor y de alegría
Con indecible júbilo está viendo;
Cánticos la espantosa gritería
Piensa tal vez, en su ilusión creyendo;
Animadas escenas placenteras
El susto de la gente y las carreras.

Y á tomar parte en el común contento
Lánzase y rompe, y en mitad se arroja
Del bullicio más rápido que el viento,
Y en torno de él la gente se amanoja:
Ni cura del ajeno sentimiento,
Ni de verse desnudo se sonroja,
Y ora forman en torno de él corrillos,
Ora le sigue multitud de pillos.

Fué aquel día el asombro de la villa
Y escándalo de todo hombre sesudo,
Yendo tras él de gente una trailla
Que aterra á veces su ademán forzudo:
Allí corren los chicos, aquí chilla
Una mujer al verle andar desnudo,
Y algunas que los ojos se taparon
Por pronto que acudieron le miraron.

Y andando así, la gente ya le acosa,
Y alguno allí de condición liviana
Quiere que pruebe la intención graciosa
Y el trato afable de la especie humana:
Y arrojándole piedras con donosa
Burla por gusto é intención villana,
Le hizo el dolor sentir para que sepa
Que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro inozo apenas,
Y su dicha y el mundo bendecía,
É inocentes miradas y serenas
Vertiendo en torno afable sonreía,
Cuando la bruta gente á manos llenas

Lanzaba en él cuanto dolor podía,
Que en traspasar disfrutaban los humanos
Su dolor en el alma á sus hermanos.

Sintió el dolor y el rostro placentero
Súbito coloró de azul la ira,
Y ya el semblante demudado y fiero
Con ojos torvos á la gente mira:
Huye el cobarde vulgo á lo primero,
Piedras después sin compasión le tira,
Gritan: *al loco*, y con temor villano
Huyen y le señalan con la mano.

¿Quién de nosotros la ilusión primera
Recuerda acaso en su niñez perdida?
¿Cuál fué el primer dolor, la mano fiera
Que abrió en el alma la primera herida?
¡Ayl desde entonces sin dejar siquiera
Un solo día, siempre combatida
El alma de encontrados sentimientos,
Ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ¡ay! que aquel dolor fué tan agudo,
Que el alma atravesó sin duda alguna;
Fué de todos los golpes el más rudo
Que injusta nos descarga la fortuna,
Cuando inocente el corazón desnudo,
En el primer columpio de la cuna,
Se abre al amor en su ilusión divina,
Y en él se clava inesperada espina.

¡Y después! ¡y después!.... Así el mancebo,
Hombre en el cuerpo y en el alma niño,
Todo á sus ojos reluciente y nuevo,
Todo adornado con gentil aliño,
Del falso mundo el engañoso cebo
Corre y brinda bondad, brinda cariño,
Y el mundo, que al placer falaz provoca,
Dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje: el mundo por su amor se encarga

Como un chorizo de curarla al humo,
Y de hiel rica quinta esencia amarga
Sacar para bañarla con su zumo:
Luego la ensancha más, luego la alarga,
La esquina, en fin, con artificio sumo,
Hasta que endurecida y hecha callo,
Suave al tacto le parece un rallo.

Grave dolor el del mancebo ha sido,
Grave dolor, porque de aquella gente
La injusticia y crueldad ha comprendido
Con que paga su amor tan inocente:
No en el cuerpo, en el alma le han herido,
Que es niña el alma y varonil la mente,
Y de juicio y razón Dios le ha dotado
Para que juzgue el mal que le ha tocado.

Sintió primero cólera, y pasando
El físico dolor al pensamiento,
Volvió los ojos tristes implorando
Piedad con amoroso sentimiento,
Madre tal vez en su dolor buscando,
Que temple con caricias su tormento,
*Mas los hombres no sirven para madres,
Y aun apenas, si valen para padres.*

Cuando llegó un piquete, y bien le avino,
Que la gente ahuyentó con su llegada,
Y el mozo agradecido á su destino
Miraba con placer la gente armada:
Pregúntale después de dónde vino,
Cómo va en cueros, dónde es su morada,
Y él, que no sabe hablar, nada responde,
Los mira, y sigue sin saber adónde,
¿Y adónde va? á la cárcel prisionero,
Que andar desnudo es ser ya delincuente:
Él entre tanto observa placentero
Los colores que viste aquella gente:
Y de una bayoneta lo primero,

Héctor González

Al mirarla tan tersa y reluciente,
Tocó la punta en su delirio insano,
Y en su inocente afán se hirió una mano.
Y este fué entonces el dolor segundo,
Y dejaremos ya de llevar cuenta,
Que para algo Dios nos echa al mundo,
Y la letra con sangre entra y se asienta:
Y así la razón gana, así el profundo
Juicio con la experiencia se alimenta,
Y porque aprenda, el mundo así recibe
Al que sabe cómo en él se vive.

CANTO IV

Rizados copos de nevada espuma
Forma el arroyo que jugando salta,
Ricos países de vistosa pluma
En campos de aire el pajarillo esmalta:
Alzase lejos nebulosa bruma,
De sombra rica, si de luces falta,
Y el verde prado y el lejano monte
Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
Su manto en Oriente el alba tiende,
Y blanca, y pura, y regalada lumbre
De su frente de nácares desprende:
Cándida silfa á su fugaz vislumbre
El aire en torno sonrosado enciende,
Y en su fuente la ondina voluptuosa
Se mece al són del agua armoniosa.

Y trás la densa y fúnebre cortina
Del hondo mar sobre la rubia espalda,
Ráfagas dando de su luz divina,



Mécese el sol en lechos de esmeralda:
La niebla á trozos quiebra y la ilumina
Del terso azul por la tendida falda,
Y de naranja, y oro, y fuego pinta
Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,
Y en la de flores mil fértil llanura,
Y en el seno del agua que serena
Se desliza entre franjas de verdura,
El ruido alegre y bullicioso suena
De seres mil que cantan su ventura,
Prestando su algazara y movimiento
Voz á las flores, y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan
Coronadas de gotas de rocío,
Las avecillas revolando cantan
Al blando són del murmurar del río;
Chispas de luz los aires abrillantan,
Salpicando de oro el bosque umbrío:
Y si el aura á la flor murmura amores,
La flor le brinda aromas y colores.

Y resonando et cetera; que creo
Basta para contar que ha amanecido,
Y tanta frase inútil y rodeo,
A mi corto entender no es más que ruido:
Pero también á mi me entra deseo
De echarla de poeta, y el oído,
Palabra trás palabra colocada,
Con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecía,
Y ni el prado ni el bosque vienen bien,
Que este segundo Adán no verá el día
Nacer en los pensiles del Edén,
Sinó en la cárcel lóbrega y sombría,
Que su pecado cometió también,
Viniendo al mundo por extraño hechizo,